

siento en sus páginas la independencia fría del crítico. Advierto en este libro la sensación de una «demostración». Además, hablar de la evolución política de un país y de un país americano, sin referirse a su evolución económica, es especular un poco en el aire: lo económico va siempre animando, y palpitando en la médula de los acontecimientos históricos que designamos con el nombre de «políticos».

Entonces lo he interrogado.

—¿Cómo ve e interpreta usted el desenvolvimiento económico del Perú?

—El Perú está en una etapa de crecimiento capitalista. La guerra europea nos hizo pasar, de la moratoria y el retorno al billete, a la capitalización y las sobre-utilidades. La burguesía nacional, que ha carecido siempre, por lo menos en su categoría dominante de latifundistas y gamonales, de un verdadero espíritu capitalista, desperdició esta oportunidad de emplear inesperados recursos en asegurarse, frente a los prestamistas extranjeros, una situación más independiente, y frente a las eventuales depresiones de los precios de los productos de exportación, una posición más segura. Fué incapaz de coordinar y dirigir sus esfuerzos en un sentido nacionalista. Se imaginó que las sobre-utilidades no se acabarían. Gaudente, sensual por naturaleza, imprevisora por hábito, en vez de aplicarse a la creación de nuevas fuentes de riqueza, se dedicó al dispendio. Cuando los precios del azúcar y del algodón, después de la guerra, cayeron bruscamente, los hacendados de la costa se vieron en la imposibilidad de hacer frente a los créditos que habían contraído ensanchando incontroladamente sus cultivos y cuadruplicando su lujo. Un gran número de ellos quedó desde entonces en manos de sus acreedores: las casas exportadoras que financian nuestra agricultura costeña y que le imprimen, regulando su producción según el ritmo de los mercados extranjeros, una fisonomía característicamente colonial. Las lluvias y desbordes de 1925 vinieron a agravar esta situación.

El volumen de nuestras exportaciones de algodón y azúcar ha aumentado ciertamente; pero la baja de los precios repercute deprimentemente en la economía del país. Muchas haciendas de la costa han pasado a ser propiedad de las grandes firmas exportadoras; no pocos latifundistas han quedado reducidos a la condición de administradores o fiduciarios de éstas. Y en el valle de Chicama se ha operado un proceso de absorción de las negociaciones agrícolas nacionales,—y aún del comercio de la ciudad de Trujillo—por la poderosa empresa azucarera alemana, propietaria de la hacienda y la central de *Casa Grande*.

La explotación de las minas de cobre y de los yacimientos petrolíferos, ha crecido enormemente; pero sus utilidades enriquecen a compañías extranjeras, que no dejan en el país sino lo que pagan en salarios, sueldos e impuestos. La industria es todavía exigua. Sus posibilidades de desarrollo son naturalmente limitadas; pero las limita más aún la dependencia de nuestro movimiento económico al capitalismo extranjero. El capital europeo y norteamericano no tiene interés en que estos países sean otra cosa que depósitos de materias primas y mercado de consumo de la industria de Europa o Norte América.

Tenemos, así, por resolver un problema de nacionalización de nuestra economía.

—¿Es posible esta nacionalización, dentro de los intereses y necesidades del régimen capitalista?

## De Max Grillo

9, rue de la Grande Chaumière.  
Paris, marzo 29 de 1930.

*Mi querido amigo, Joaquín García Monge:*

*Recientemente en un semanario colombiano publicóse, por primera vez, el soneto que ahora envío a usted. Con tan mala suerte se estampó que apareció sin título y sin indicar que esos versos eran traducción de los originales de Francisca Julia, eminente poetisa brasileña, ya fallecida.*

*Temo que pueda pasar entre mis amigos brasileños como hurtador de la miel ajena... Tal es el motivo que tengo para rogar a usted que reproduzca el expresado soneto en su leído Repertorio*

*Siempre su amigo y admirador,*

Max Grillo

### Musa impasible

(De Francisca Julia).

Jamás ¡oh Musa! del dolor sincero  
la pena, descomponga tu semblante;  
en presencia de Job, como delante  
de un muerto, sea tu dolor austero.

Las inútiles lágrimas no quiero,  
ni que tu boca enamorada cante:  
habla en lengua de fuego como Dante,  
crea dioses divinos, cual Homero.

Versos en graves ánforas pulidos  
aprisionen tu imagen, y celebra  
los cantos de las almas aprendidos.

Versos que con sus bárbaros sonidos  
recuerden el guijarro que se quiebra,  
o por el tiempo mármoles partidos.

Max Grillo

Río de Janeiro, 1925.

—He aquí una pregunta a la que cada uno responderá, con un criterio siempre más subjetivo que objetivo. Yo no pretendo escapar a esta regla; pero creo de todos modos que la crítica de un intelectual que, aunque obedezca a una filiación doctrinal, no puede dejar de tomar en cuenta los datos de la realidad, es más libre, más desinteresada que la del negociante o la del abogado ligado absolutamente por sus conveniencias al régimen capitalista.

Me parece evidente que el grado a que ha llegado el capitalismo mundial, en su organización industrial y financiera y en su distribución de los mercados o su concurrencia en ellos, excluye la posibilidad de que puedan desarrollarse con autonomía nacional, nuevos capitalismos. Estamos en una etapa de imperialismo y de colonización inexorables. El Perú, como los demás países latino-americanos en análogo estado de su evolución económica, no puede sustraerse a esta ley.

Las consecuencias de la baja de los precios de nuestra agricultura costeña, se habrían dejado sentir más marcadamente en la situación económica y financiera general del país, si la política de empréstitos que se invierten en parte en trabajos públicos y en el resto se aplican a cubrir los déficit de los ejercicios fiscales, no disminuyeran su efecto.

Esta política, de otro lado, se refleja en la formación de una categoría de *profiteurs*, que compensa a la clase capitalista nacional, de la baja de sus latifundistas algodoneros y azucareros.

—¿Qué papel y significación han tenido las clases sociales en la historia y formación de la nacionalidad peruana?

—Sin duda, hay mucho que hablar sobre este tópico. Pero no cabe dentro de los límites de

un reportaje. Me limitaré a algunas rápidas observaciones. La primera es que la población indígena ha vivido en un casi completo ostracismo de la nacionalidad. La vida social de la Colonia nos legó un sistema de castas más que de clases. La revolución de la Independencia no llenó su función de revolución liberal por la falta de una burguesía que realizara sus ideales. Si en esa época el Perú hubiese tenido un campesinado apto para apropiarse de estos ideales, el feudalismo latifundista no habría pesado, como pesa hasta hoy, en la evolución política, social y económica de la República.

El caudillaje militar fué, en nuestro proceso republicano, un fenómeno característico de una sociedad falta de una compacta y activa clase dirigente. Una clase capitalista, y anexamente el gobierno civil, aparecen en ese proceso sólo cuando, sumados a la antigua aristocracia terrateniente, los especuladores del guano y otros negocios fiscales y sus abogados, el poder económico restablece el poder político de esta aristocracia, suficientemente fuerte para prescindir de intermediarios inseguros. El pueblo está visible en las luchas de la República; pero como pueblo, es decir, como suma o conjunto, no como clase; y no tiene una élite propia a su vanguardia. La pequeña burguesía ha jugado el rol a que ya me he referido en la formación del régimen leguista. Y el hecho más grávido de promesas de nuestra historia social de estos tiempos es, evidentemente, la aparición del proletariado, su maduración como clase que se siente destinada a la creación de un orden nuevo.

—¿Hay ideales unitivos entre los intelectuales y los obreros peruanos?

—Los intelectuales de las nuevas generaciones no han podido sustraerse, precisamente, a